

X.

¡Ay del que necio en la fortuna fia!  
¡Ay del que espera en el poder mundano!  
El que vive feliz un solo día  
Otro tal vez igual espera en vano.  
Si, todo al fin el tiempo lo trastorna,  
Todo en la tierra por su mano pasa,  
Y el monte que hoy adorna  
Con espeso amenísimo follaje  
En breve espacio con furor le arrasa,  
Sin que halle en él yerba mas escasa  
El pájaro mas ruin por hospedaje.  
Y su golpe no quita  
Casco ferrado ni áurea corona,  
Ni su arbitraria enemistad se evita  
Con fuertes torres ó tendida lona,  
Porque salva la mar con solo un paso,  
Y á su soplo se hienden las murallas  
Como en el fuego se quebranta un vaso.  
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.  
Diez meses no serian  
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas  
Las dichas de don Felix se veian,  
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un día de niebla húmedo y frio,  
Todo era soledad, silencio todo  
El castillo sombrío.  
No por sus anchas bóvedas sonaba  
Rumor alegre de placer y vida,  
No clamorosa multitud se hallaba  
En sus largos salones reunida.  
No, no; todo es ahora  
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna  
Sientan allí su mano asoladora,  
Y quien le habita llora  
Sin esperanza alguna.  
En un largo aposento  
Do medio roble humea  
Tendido en una antigua chimenea,  
El rostro macilento,  
Y de pesar el corazón transido

Yace don Felix en el hondo asiento  
De una poltrona hundido.  
Las lágrimas que brotan de sus ojos  
Indicios son de su dolor; estrecho  
Paso sus labios dan á los gemidos  
Que arranca de su pecho,  
Y claros de la suerte los enojos  
Se muestran en sus ayes doloridos.  
Fermin, el buen soldado,  
Mústio también y pálido el semblante,  
Del fuego está delante  
Junto al conde sentado.  
Y acreditar sus pesadumbres puede  
La igualdad del señor con el vasallo,  
Pues solo el infortunio la concede.  
—No hay remedio, Fermin, dijo don Felix,  
Los doctores así me lo aseguran.  
—Los doctores, señor, por si la yerran,  
Casi siempre desgracias nos auguran.  
—¡No, Fermin, es inútil esperanza!  
Ellos mismos confiesan  
Que su ciencia no alcanza  
La muerte á detener.

Y aquí callando  
Tornó al llanto don Felix,  
Y el anciano Fermin siguió llorando.  
Y era razón llorar por la condesa,  
Pues de dolencia inextinguible presa  
Aunque de tres doctores asistida,  
Se hallaba en tal momento  
A las manos de un mal íntimo y lento  
Próxima á despedirse de la vida.  
Y en aquel aposento  
Del esfuerzo postrero de la ciencia  
Esperaban el fallo  
Con dudosa impaciencia  
El mejor conde y el mejor vasallo.  
Abrióse al fin la puerta  
Que de la esposa al aposento daba.  
Y la mirada incierta  
Ninguno á ella dirigir osaba.  
Tuviéronse en silencio los doctores  
Al dintel con respeto  
Al intenso dolor del noble esposo,  
En su gesto turbado y lastimoso

Mal ocultando su fatal secreto.

Acercaos, señores,  
Don Felix dijo al fin, daráme ayuda  
Para arrostrar en calma mis dolores  
El Dios á quien suplico que me acuda  
En mis cuitas mayores.  
¿Hay esperanza aun?

— «La ciencia vana

« De los hombres, señor, no encuentra alguna.  
« Solo de Dios la ciencia soberana  
« Sabe qué sol alumbrará mañana,  
« Y vé de todos el sepulcro y cuna;  
« Fuera de esa esperanza no hay ninguna. »  
Cayó en su silla el conde desplomado,  
Y ocultando en las manos el semblante  
En su propio dolor quedó abismado.  
Y aprovechando al punto aquel instante  
Del cuarto los empíricos salieron  
Y del castillo á do jamás volvieron.

Su fin tocaba el dia  
Y mas densa la niebla encapotaba  
La atmósfera; la noche que avanzaba  
Fria, lluviosa y lóbrega venia;  
Y sin fuerzas el viento no sonaba  
En la enramada umbria.  
En apartada alcoba  
Que alumbraba escasa lámpara, se queja  
Clotilde hermosa á quien la vida deja,  
Y á quien la muerte para el mundo roba.  
Desencajado el rostro y amarilla  
La tez rosada y pura,  
En sus radiantes ojos ya no brilla  
La luz de la hermosura.  
Sus labios sin color no se despliegan  
Con amorosa y celestial sonrisa  
Y sus ebúrneas manos ya no juegan  
Con sus espesos rizos,  
Que no mecerá mas la mansa brisa  
Descubriendo los mágicos hechizos  
Del torneado cuello  
Del pecho virginal y el hombro bello.  
Aun tiene amante con su mano asida  
De don Felix la mano,  
Y aun con escaso aliento

Murmura su postrera despedida.  
Y aun buscan en el lóbrego aposento  
Sus turbios ojos el objeto amado  
De su alma enamorada aun no borrado.  
El amoroso conde que la adora  
Junto á su lecho desolado llora,  
Y á las palabras de su amor responde  
Con palabras mentidas de consuelo,  
Porque no se le esconde  
Que á ver no volverá la luz del cielo.  
— ¿Por qué lloras, mi bien? le preguntaba  
La moribunda esposa.

Y con voz cariñosa,  
— «No lloro,» el infeliz la contestaba,  
Y así plática entre ambos se entablaba:

CLOTILDE.

Si, sollozar te escucho.

DON FELIX.

Tu mente débil te lo finge acaso.

CLOTILDE.

No, Felix, no me engaño, te amo mucho,  
Y esta mano en tus lágrimas me abraso.  
Leo en tu corazon,

DON FELIX.

Clotilde mia

Del pensamiento aleja  
Tan tristes ilusiones.

CLOTILDE.

Ay Felix, es en vano tu porfia,  
Excusa ya ficciones,  
Falsas palabras deja,  
Ya sé que llega mi postrero dia.  
¿Me amas aun?

DON FELIX.

— Mis lágrimas te dicen

Cuánto es mi amor; la eternidad entera  
Escaso tiempo para amarte fuera.

CLOTILDE.

Dime, ¿y mi flor? ¿extiende todavía  
Sus hojas ante el sol? ¿han decaido  
Sus brillantes colores?

DON FELIX.

No, Clotilde, sus ramas han crecido.

CLOTILDE.

¿Pero y la flor?

DON FELIX.

Aun sola permanece  
Y otro capullo en derredor no crece.

CLOTILDE.

¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

DON FELIX.

Pocos días no mas.

CLOTILDE.

Años perdidos  
Sin contemplarla que pasaron creo,  
¿Se alcanza desde aqui?

DON FELIX.

Tal vez corriendo  
Tus cortinas, y abriendo  
La puerta de esa cámara vecina  
Se alcance á ver.

CLOTILDE.

Pues abre, y que mis ojos  
La vuelvan á mirar, antes que cieguen  
De la muerte implacable al ser despojos.

Abrió en esto don Felix  
La puerta de la cámara en que estaba  
La flor maravillosa,  
Y al gótico balcón donde brotaba  
Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche,  
Los ojos mas perspicaces  
No hubieran sido capaces  
Su lobreguez de sondear.  
Tendió á la ventana el conde  
En las tinieblas la mano  
Mas abrió con ansia en vano  
Sus hojas de par en par.

El mas escaso reflejo  
No vió penetrar por ella,  
Que no alumbraba una estrella  
Del cielo la inmensidad.  
Su negro manto en los aires  
Las nieblas habian tendido  
Y de la luna sorbido  
La trémula claridad.

Aun fresca olorosa y pura  
La encantada Pasionaria  
Vejetaba solitaria

En su enramado vergel.  
Y aunque no pueden los ojos  
Percibirla en la distancia  
Revela bien su fragancia,  
Su eterna presencia en él.

¿Dónde estás, dijo Clotilde,  
Flor mia que no te veo?

Si comprendes mi deseo  
Déjate ver, linda flor.  
Siento ¡ay de mí! que al buscarte  
Los ojos se me oscurecen;  
Muéstrate flor si merecen  
Mis ojos ver tu color.

A estas palabras del lecho  
De la moribunda enfrente  
Se iluminó de repente  
Ténue y fosfórica luz  
Producida en las tinieblas  
De la culta Pasionaria  
Por la esencia extraordinaria  
Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado  
La luz fantástica viendo  
D. Felix, y no sabiendo  
Los ojos de ella apartar  
Ni á respirar se atrevia,  
Cuando en el otro aposento  
Con desfallecido acento  
Oyó á Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito  
Al pié de su cabecera,  
Y allí de aquesta manera  
Decir á su esposa oyó:  
«Escucha, Felix, sentada  
«La muerte á mi lado veo,  
«Mas un extraño deseo  
«Al sentirla me asaltó.

«Y dulcemente la vida  
«Mi espíritu abandonara  
«Si este deseo lograra.»  
—¿Cómo lograréte? di.  
—De ti tan solo depende.

Mas que te cueste no es justo  
Este capricho un disgusto.  
—Acaba.

—¿Consientes?

—Si.

—•Pues mira , esa Pasionaria  
Que fué mi encanto viviendo ,  
Pluguérame que muriendo  
Fuera mi último placer.  
De nuestro mal compañera  
Cual de nuestro amor testigo,  
Que muera esa flor conmigo  
Pues que me debe su sér.

Si , apenas contaba un día  
Cuando quisiste ofrecermela ,  
Sea su suerte la mia  
Felix , arrácala hoy ;  
Ese es el favor postrero  
Que ya de tu mano espero ,  
Cúmplemele y al sepulcro  
Tranquila y contenta voy.»

Quedó aterrado don Felix  
Propuesta tal escuchando.  
La mano tener no osando  
A la misteriosa flor ,  
Los desencajados ojos  
Fijos en ella teniendo,  
Y en las pupilas sintiendo  
Su mágico resplandor.

A comprender esta idea  
Su mente no se atrevia ,  
Su voluntad resistía  
Su ejecucion á emprender ;  
Y aquel pensamiento solo  
Le tiene en duda tan fiera  
Como si á su impulso fuera  
Un crimen á cometer.

Si , sometido al influjo  
De un vértigo incomprensible  
Sentía en sí una terrible  
Desusada conmocion :  
De un sér incógnito , oculto  
Secreto terror le asalta ,  
Y conoce que le falta  
Valor en el corazon.

Que aquella flor que fué un tiempo  
Las delicias de su esposa ,  
Cuya existencia preciosa

Quiere hoy romper con afan ,  
Vé el triste que allá en el fondo  
De su pecho enamorado  
Todo el poder ha cobrado  
De un dañoso talisman.

De aquella flor á la vista  
Siente que allá en su memoria  
Se le renueva una historia  
De mucho olvidada ya ,  
Y en ella vive un recuerdo  
Triste , eterno y solitario  
Como luz que en su santuario  
Ardiendo perenne está.

¡Oh! no , imposible que él sea  
Quien aquella flor destruya ;  
Su vida es la vida suya ,  
El suyo tal vez su sér.  
No , imposible , sin su esposa  
El como ella necesita  
Aquella flor inmarchita  
Por compañera tener.

Será de su amor pasado  
Cuando ella falte un objeto,  
Será un místico amuleto  
Que aliviará su dolor ,  
Y de Clotilde el espíritu  
Identificado en ella  
Siempre pura y siempre bella  
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores ,  
En su inmarchita frescura  
El hallará su hermosura ,  
Su perdida sociedad.  
Y en su castillo encerrado  
Para siempre noche y día,  
No tendrá mas compañía  
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde  
Desea arrancarla ahora  
Y el buen don Felix la adora  
Con toda su alma y su sér,  
Y es imposible que al cabo  
Su afan postrimero estorbe  
Quien corriera todo el orbe  
Para buscarla un placer.

Acostumbrado de antiguo  
A encontrar cada mañana  
Al ir á abrir su ventana  
Con nueva vida su flor,  
Tambien identificóla  
Clotilde con su existencia  
Divinizando en su esencia  
Su porvenir ó su amor.  
Y aun en la misma ventana  
Su enredadera ceñida,  
Aun vejetaba prendida  
La Pasionaria al dintel:  
Mas ya crecidos los tallos  
De sus ramas parecia  
Que desprenderse queria  
A su verde cuna infiel.  
Y en la mas larga pendiente  
Ya dentro del aposento  
Yacia en el pavimento  
Sin arrimo y sin sosten,  
Como si el fin contemplando  
Avanzar de su señora  
Al suyo en la misma hora  
Quisiera llegar tambien.  
Dijeran que adivinando  
El término de su vida  
La postrera despedida  
Quería á Clotilde dar,  
Y que hasta su mismo lecho  
Subir intentando en vano  
Tomó el lugar mas cercano  
A donde pudo arribar.  
Y él la contemplaba trémulo,  
Y ella su flor le pedia,  
Y don Felix no sabia  
En verdad qué resolver.  
La flor seguía en la sombra  
Ante sus ojos brillando  
Y él la seguía mirando  
En acuerdo sin volver.  
Al fin la voz de su esposa  
Oyendo desfallecida  
Que á Dios decia á su vida  
Cramándote por su flor,  
Sobre ella dió de repente

Y en la oscuridad asiéndola  
—¡Sea pues! dijo, rompiéndola  
Con insensato furor.  
A tal momento Clotilde  
Lanzó el último gemido:  
Y el conde de horror transido  
En las tinieblas quedó  
Al escuchar que su nombre  
Dentro del mismo aposento  
Otro conocido acento  
Tiernamente pronunció:  
¡Cielos! exclamó espantado  
¿Es realidad ó deliro?  
¿De quién era ese suspiro  
Que en las tinieblas oí?  
—Felix, repuso en la sombra  
Aquella voz dolorida  
¿No me conoces, mi vida?  
Yo soy, acércate á mi.  
Desatinado y atónito  
Tomó una lámpara el conde  
Y al sitio volviendo donde  
La Pasionaria arrancó  
Vió con estúpido asombro  
El desconocido objeto  
Que el miedo y amor secreto  
Hacia lá flor le inspiró.  
Pálida, fria, y sin aliento apenas  
Enamorada aun y encantadora  
En lugar de la flor yacia AURORA  
En medio del oculto camarín.  
Contemplábala atónito don Felix  
El misterio fatal no comprendiendo,  
Y tendiale Aurora sonriendo  
Los yertos brazos, próxima á su tin.  
Y aun amoroso el rostro moribundo  
Dijole así con voz desfallecida:  
—«He estado junto á ti toda mi vida,  
Y muero con mi amor cerca de tí.  
Velada á vuestra vista entre las hojas  
De una hermosa y silvestre Pasionaria  
Fuí huésped de esa reja solitaria,  
Y os ví felices y dichosa fui.»

Siempre te amé ; mas siempre cuidadosa  
Miré mas que á mi amor á tu ventura ;  
Tú no fueras feliz con mi hermosura ,  
Y en mi encerré mi generoso amor.  
Dios hizo que á este amor triste y sin premio  
Fuera el amor de tu Clotilde unido ,  
Mas nuestro tiempo le pedí medido  
Por el tiempo no mas de aquella flor.

No nos fué dado nunca conocernos ,  
Mas á la par vivimos y te amamos ;  
Ambas unidas á la tumba vamos ,  
Y te perdemos á la par las dos.  
Juntas morir nos otorgó el destino  
Y tú mismo al cortar mi Pasionaria  
Cumplistes mi recóndita plegaria.  
Recibe pues , mi postrimer adios.

Y á estas palabras la cerviz doblando  
Voló al cielo su alma enamorada ,  
Y en medio de la atmósfera nublada  
Repentino relámpago brotó.  
Las ramas de la verde enredadera  
En la estrecha ventana se inflamaron ,  
Y sus hojas ceniza se tornaron  
Que el agitado viento arrebató.

Tendió don Felix las convulsas manos  
Ciego á su vista y de dolor transido,  
Y privado de aliento y de sentido  
De la ventana al pié se desplomó.  
Y diz que en su castillo de Aracena  
Pocos años despues triste vivia ,  
Y que á Aurora buscaba todavía  
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo  
En una capilla oscura  
Se encuentra la sepultura  
De su postrero señor,  
Y en vez del busto de mármol  
Y de inscripcion funeraria  
Hay solo una Pasionaria  
De mano de un escultor.

FIN DE LA LEYENDA QUINTA.

## LEYENDA SEXTA.

### APUNTACIONES PARA UN SERMON SOBRE LOS NOVÍSIMOS.

#### TRADICION.

#### AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer  
Me lo contaron, lector:  
Atañe al historiador  
Lo cierto que pudo haber.

Lo que mas le plazca de ello  
Crea tu razon discreta,  
Mas no olvide que al poeta  
Pertenece lo mas bello.

Querer dar con la verdad  
Fiándose en sus escritos,  
Es á yerros infinitos  
Asentir con ceguedad.

Yo no pretendo enseñarte,  
Lector, á menos atento:  
Me daré por muy contento  
Si es que consigues agradarte.

Solo á arrancarte un suspiro  
O una sonrisa aunque leve  
Mi estéril pluma se atreve,  
Solo á deleitarte aspiro.

Dejemos la verdad pues,  
Que es la verdad siempre amarga  
Y lo cierto grave carga  
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero  
Lleva ventaja infinita,  
La mentira es mas bonita  
Y yo siempre la prefiero.

La razon fria y severa  
No hallará esta fantasía